

COX, Gary 2011, *Cómo ser un existencialista*, Barcelona: Ariel. [Trad. de Luis Noriega.] ISBN 978-84-344-6981-5, 172 páginas

Gary Cox es un filósofo británico, formado en el existencialismo sartreano, que en los últimos años se ha dedicado a escribir libros dirigidos a un público más general, como *How to Be a Philosopher* (Continuum, 2010), *The Existentialist's Guide to Death, the Universe and Nothingness* (Continuum, 2011), *The God Confusion* (Bloomsbury, 2013) o el que aquí reseñamos. *Cómo ser un existencialista* (publicado originalmente en inglés por Continuum en 2009) pretende ser una guía accesible y amena sobre el existencialismo, cosa que sin duda consigue, gracias a la capacidad del autor para explicar de una forma clara y concisa teorías filosóficas complejas —y a menudo expuestas de una forma bastante abstrusa por sus formuladores originales—, así como a su destreza como escritor. Pero el objetivo no es solo realizar una exposición de las principales ideas elaboradas por los existencialistas, sino también extraer consejos prácticos realistas a partir de éstas. El lector ideal del libro no solo asimilará sus contenidos, sino que estos contribuirán además a modificar su conducta y su carácter en alguna medida. Ciertamente, esto acerca el libro al género de la autoayuda, y el mismo autor no rehúye esta cercanía, subrayada por el subtítulo: *Cómo tomar el control, ser auténtico y dejar de poner excusas*. Además, es también evidente la conexión del libro con el ámbito de la consejería psicológica, filosófica o, más en particular, existencialista, como pone de manifiesto el capítulo final, dedicado a esta cuestión. En todo caso, es mucho más que eso.

El libro consta de cinco capítulos. En el breve capítulo inicial, el autor propone tres criterios para *ser* existencialista, que coinciden con las tres dimensiones del existencialismo que expondrá más pormenorizadamente en el segundo capítulo; a saber, hay que conocer las ideas existencialistas, incluida su visión del mundo, hay que aceptar (críticamente) estas ideas y hay, finalmente, que esforzarse constantemente por vivir en concordancia con ellas (lo que supone, como veremos, superar la mala fe y tratar de ser auténtico). Más sustancial es el capítulo segundo, “Qué es el existencialismo”, en el que se presentan los conceptos fundamentales del existencialismo, como son su noción de conciencia y la naturaleza intencional de ésta, la temporalidad, el ser para otros, la libertad, la responsabilidad y la angustia. Una de las ideas que cabe destacar de la caracterización de Cox es que no se trata de un movimiento nihilista, por bien que sostenga que la vida es en último término absurda, pues existe la posibilidad de darle un sentido a la existencia, pero solo el sentido que *cada uno* le dé. O la exposición de la relación entre conciencia, temporalidad y libertad: por su misma naturaleza, la conciencia está fuera del orden causal, del mundo de las causas y los efectos,

pues es trascendencia temporal, del pasado hacia el futuro, apertura de posibilidades. Esto hace que la conciencia (y, con ella, sus poseedores) sea necesariamente libre y responsable, sin que sea posible no serlo, no elegir, pues no elegir es ya elegir, y elegir no elegir también conlleva sus responsabilidades. Además, estas elecciones se realizan necesariamente sobre la base de la “facticidad”, puesto que toda libertad surge de un contexto que tiene que “trascender”, pero del cual depende. Cox matiza esta noción de libertad apelando a Merleau-Ponty, pero en todo caso esta situación existencial no puede más que conducir a la angustia y a la tentación de caer en la mala fe (que será objeto del siguiente capítulo). Independientemente de la plausibilidad metafísica de esta concepción, no hay duda de que, como visión del mundo y actitud ante la vida, tiene su atractivo.

Antes de seguir, cabe decir que el libro da preeminencia a la versión del existencialismo de Sartre, pero también atiende a las doctrinas, o nociones especialmente influyentes, de otros autores de la tradición existencialista, en un sentido amplio; especialmente Heidegger, pero también Nietzsche, Kierkegaard o Schopenhauer, Simone de Beauvoir, Merleau-Ponty o Albert Camus. En realidad, el sentido es tan amplio que incluye, asimismo, la vertiente literaria del movimiento conformada, además de por la obra de ficción del mismo Sartre, por escritores como Beckett, Dostoievski o incluso Shakespeare. También se presentan, sucintamente, algunas ideas de Husserl, de Brentano o de la fenomenología, en general, en las que se apoya el existencialismo.

Los dos siguientes capítulos pasan ya a ocuparse de la cuestión crucial (la tercera dimensión anterior): vivir en concordancia con las ideas existencialistas. En concreto, el capítulo cuarto, “Cómo no ser existencialista”, caracteriza las actitudes que el movimiento considera negativas, que debemos evitar en nuestras vidas. La noción central aquí es la “mala fe”. Lo primero que el autor aclara es que mala fe no es autoengaño, entre otras cosas porque, para Sartre, el autoengaño es imposible. En tanto que “traslúcida”, la conciencia no puede engañarse a sí misma, no puede ser la engañadora y la engañada a un tiempo. Según la caracterización de Cox, la mala fe es más bien “un proyecto permanente de *autodistracción* y *autoevasión*”. Cox describe y comenta los ejemplos más célebres que aparecen en *El Ser y la Nada*: la joven coqueta, que se desentiende de su situación, eligiendo no elegir; el camarero, que parece entregarse a la facticidad del ser camarero; y el homosexual que se excusa en que él no es su conducta. Cox tiene su propia interpretación del segundo ejemplo; para él, el camarero “se esfuerza por asumir la responsabilidad por la facticidad de su situación, eligiéndose positivamente en su situación al sumergirse por completo en el papel elegido” (92). El caso del homosexual es más complicado. La mera sinceridad —declararse homosexual— no basta, pues supone identificarse con una identidad fija. Lo que debe hacer, según el consejo de nuestro autor, es aceptar que su conducta lo caracteriza como homosexual y que él elige su conducta. El existencialista quiere ser aquello en lo que las acciones que elige le convierten, sin excusarse ni lamentarse por ello. Una persona nunca llega a ser del todo lo que quiere ser, pero asume la responsabilidad por lo que es y, en todo caso, no se queja sin hacer nada por cambiar las cosas. A la mala fe suele ir asociada la ignorancia deliberada, resultado de diversas estrategias de evasión y distracción, a la

que nos mueven el miedo y la angustia ante las verdades existenciales de la condición humana. Ante esto, de nuevo, solo cabe la honestidad y el coraje para afrontar la realidad. La misma contingencia, que nos lleva a “la náusea” ante la conciencia de una existencia absurda, sin sentido y superflua, no debe negarse, como muchas instituciones humanas tratan de hacer.

Hasta aquí lo que no debemos hacer; ahora pasemos a lo que sí. Como anuncia el título del penúltimo capítulo —“Cómo ser auténtico”—, lo que hay que hacer para ser existencialista es ser auténtico, y ser auténtico es aceptar y vivir de acuerdo con la verdad existencial fundamental, a saber, que somos libres y responsables. Asumir la libertad significa comprender que “no somos otra cosa que las elecciones que hacemos en nuestra situación” (117). Tanto la persona inauténtica como la auténtica aspiran a la unidad, al fundamento, a la sustancialidad, pero la primera lo hace a través de la “inútil huida de su libertad”. Lo que se requiere, en cambio, es la lucha constante por perpetuar y reasumir la propia sustancialidad, eligiendo constantemente respuestas auténticas a nuestra situación. La autenticidad no se posee, sino que “es la manera en que una persona elige responder a su facticidad y la forma en que se elige a sí misma en respuesta a esa facticidad” (123). Ciertamente, actuar auténticamente en todo momento requiere de un esfuerzo enorme y es difícil que mucha gente lo consiga, pero se trata de un ideal existencial que cabe perseguir. Finalmente, Cox presenta las concepciones de la autenticidad de Nietzsche y de Heidegger. Para el primero, uno tiene que rechazar el “ideal ascético” —consistente en la vida de abnegación y autorrepresión por sí mismas y por encima de todo— y abrazar el “ideal noble”, en el que uno disfruta de la propia libertad, responsabilizándose sin lamentaciones de sus actos y eligiendo los propios valores. Nietzsche insiste en el ideal del *amor fati*, cuya prueba crucial es desear el eterno retorno, esto es, querer vivir de nuevo la misma vida que vivimos, sin cambiar ni un ápice, un número infinito de veces. Por su lado, Heidegger entiende que lo fundamental es asumir y afirmar nuestra mortalidad. La muerte es una posibilidad constante para todos, sin que quepa pensar que realmente hay personas más próximas a la muerte que otras. Ser consciente de la propia naturaleza mortal es un rasgo distintivo del ser humano que uno debe aceptar y asimilar. Un existencialista, afirma Cox, no debe vivir como si fuera eterno, malgastando su tiempo y posponiendo las cosas, sino que debe aprovechar cada momento, no como si fuera el último (porque es difícil lograr nada con esa actitud), pero sí con la conciencia de que es único.

Es de reseñar la preocupación constante de Cox por el lector. En concreto, introduce muchos ejemplos, algunos poco serios desde el punto de vista intelectual, hace bromas, realiza incisos autorreferenciales o irónicos, todo con la finalidad de que la atención del lector no decaiga. Cuando percibe que empieza a haber un exceso de teoría, parece que el autor siente una mala conciencia e inmediatamente trata de mostrar alguna aplicación práctica del aspecto teórico del que está ocupándose. Solo en una ocasión esta transición me ha parecido un tanto forzada; cuando del hecho de que nuestro mundo sea consecuencia de la relación íntima entre el ser y la conciencia —esto es, de que sea la conciencia la que diferencia al “ser indiferenciado” en fenómenos distintos—, una cuestión metafísica, pasa a afirmar que nuestro mundo (personal)

depende de la actitud que adoptamos ante él, una cuestión eminentemente práctica (45-7). Parece que hay aquí un salto de gigante, aunque cabe reconocer que en el existencialismo todo está muy estrechamente conectado y la actitud práctica parece ser el motor de todo.

No tengo la menor duda de que algunos lectores juzgaran que este tipo de libros son simplificadores y desvirtúan, por consiguiente, las doctrinas que exponen y solo constituyen una apariencia de saber. Sin embargo, no creo que sea el caso. El autor, que es un especialista en Sartre, no pretendía exponer minuciosamente las ideas existencialistas (ya lo ha hecho en otras de sus obras), sino presentarlas de manera comprensible y amena, pero sí traicionarlas, seleccionando aquellos aspectos más susceptibles de contribuir a configurar una actitud vital, que en el existencialismo son la mayoría. El libro constituye una buena aproximación general al existencialismo accesible al gran público, con una orientación hacia los consejos prácticos, o a ofrecer lecciones generales para la vida, muy bien conectada. Sin duda, estamos ante un buen libro de divulgación filosófica, que no pretende engañar a nadie —a diferencia de lo que suele suceder con los divulgadores más vendidos en España, que a menudo tratan de confundir divulgación e investigación—.

Finalmente, cabe indicar que la traducción de Luis Noriega es buena, más allá de ciertos errores menores muy puntuales (como la omisión de alguna preposición, alguna falta de concordancia en género o número, el uso, en una sola ocasión, de las conectivas incorrectas “en relación a” o “en base a” y alguna expresión dudosa, como “su mejor intento”), que quizá son más bien culpa del revisor.

SERGI ROSELL
Universitat de València